



CAPÍTULO IV

EL DESTIERRO

ME ha preguntado usted, coronel, ¿qué significa esto? —declamó enfáticamente Foma Fomitch, satisfecho de la confusión general.

—¡Me asombra su pregunta! Explíqueme usted, por su parte, ¿cómo puede mirarme á la cara? Explíqueme, además, el problema psicológico de la falta de pudor en algunos hombres y así me marcharé con mi nuevo conocimiento relativo á la corrupción del género humano.

Pero mi tío no era capaz de contestar; anonadado, con la boca abierta y los ojos entornados, no acertaba á separar su mirada de la de Foma.

—¡Dios mío! ¡Cuántos horrores!—gimió la señorita Perepelitzina.

CAPÍTULO IV
EL DESTIERRO
Perepelitzina

—¿Ha comprendido usted, coronel, que debe dejarme marchar sin preguntar ninguna otra cosa? Porque realmente, y á pesar de mi edad, ya había empezado á temer seriamente por los principios morales que me sustentan. Créame; déjese de preguntas; no conseguirán otra cosa más que aumentar su vergüenza.

—¡Foma! ¡Foma!...—exclamó mi tío, sobre cuya frente rodaban las gotas de sudor.

—Permítame que sin más explicaciones le diga algunas palabras de despedida y le dé algunos consejos. Serán mis últimas frases en su casa, Yegor Ilitch. El hecho está consumado y es imposible ya intentar su reparación. Supongo que ya sabe usted á qué hecho me refiero. Pero de rodillas le suplico, si no se ha apagado la postrera chispa de moralidad en el fondo de su corazón, que reprima los impulsos de sus pasiones. ¡Si el fuego no ha hecho aún cenizas todo el edificio, procure apagarlo!

—Foma, te aseguro que te engañas—protestó mi tío, recobrándose poco á poco y presintiendo el desenlace con horror.

—Domine sus pasiones—prosiguió Foma, como si mi tío no hubiese dicho una sola palabra. «Si quieres vencer al mun-

do, comienza por vencerte á tí mismo.» Tal es mi principio. Usted es un propietario rural y debe brillar como un diamante sobre sus dominios; y ¿qué ejemplo abominable no dá usted á sus subordinados? A lo largo de noches enteras he rezado por usted, esforzándome en descubrir su felicidad. No he podido encontrarla; la felicidad solo está en la virtud..

—¡Pero es imposible, Foma!—interrumpió nuevamente mi tío;—te engañas; hablas fuera de propósito.

—Recuerde que es usted un señor—siguió Foma, sin prestar atención á aquellas palabras.—No crea usted que son la pereza y los placeres las únicas finalidades de un hombre rico. Esa es una idea nefasta. Un hombre de esa clase no se debe á la incuria precisamente, sino á Dios, al Zar y á la Patria. Un señor debe trabajar como el último de sus aldeanos.

—¡Bueno! ¡Entonces yo debo labrar en vez de mis colonos!—gruñó Bakhtcheief.—Y sin embargo, soy un señor....

—Ahora me dirijo á vosotros—añadió volviéndose hacia Gavriilo y Falalei, que acababan de aparecer en la puerta.—Amad á vuestros señores y obedecedles con dulzura y presteza; ellos á su vez, os querrán asimismo; y usted, coronel, sea bueno y compasivo con

ellos. Son seres humanos creados á imagen de Dios, hombres confiados á usted por el Zar y la patria. ¡Cuanto más grande es el deber, mayor mérito hay en cumplirle.

—¡Foma Fomitch! ¡amigo mío! ¿qué quieres hacer?—gritó con desesperación la generala. Estaba á punto de caer en un desvanecimiento, á tal extremo era violento su pesar.

—Creo que ya he dicho bastante—concluyó Foma, sin dignarse mirar hacia la generala.—Ahora, vamos á los detalles; se refieren á cosas pequeñas, pero que no hay que olvidar. La hierba del prado de Kharitine, todavía no está siegada. No se retrase usted, que la sieguen lo antes posible; este es mi primer consejo.

—¡Pero, Foma!...

—Proyecta usted cortar una parte del bosque de Zyrianovski. No lo haga. Segundo consejo. Conserve siempre los bosques. Gracias á ellos la tierra se conserva siempre húmeda. Es una lástima que haya hecho usted tan tarde la siembra de primavera.

—¡Pero, Foma!...

—Basta de palabras; no podría acabar con lo que tengo que decir, y el tiempo pasa. Le mandaré instrucciones por escrito. ¡Adiós! ¡Adiós á todos! ¡Que Dios les acompañe y les bendiga! Yo te ben-

digo también, Falalei; olvida la Kamarskaia. Y ustedes... acuérdense de Foma... Vamos, Gavrilo; ayúdame á montar en el carricoche.

Y Foma se dirigió á la puerta.

Lanzando un grito agudo, la generala se precipitó sobre él.

—No, Foma; no te dejaré marcharte así,—exclamó mi tío, tomándole por la mano.

—¡Ah! ¿Quiere usted emplear la fuerza?—preguntó el otro con arrogancia.

—Sí, Foma; si es preciso emplearé la fuerza—contestó mi tío, trémulo de emoción.—Has hablado mucho y es necesario que te expliques. Has entendido mal mi carta, Foma.

—¿Su carta?—rugió Foma, inflamándose instantáneamente, como si no esperase más que esta palabra para hacer explosión.—¡Su carta! ¡Aquí está su carta! ¡La rompo en mil pedazos! ¡La piso! ¡Ahí tiene usted su carta! Haciendo esto cumplo el más sagrado deber de humanidad. Ya ve usted á lo que me obliga pidiéndome explicaciones. ¡Mire! ¡Mire!—y los pedazos de la carta se desperdigaron por la habitación.

—Foma—exclamó mi tío, palideciendo cada vez más;—te repito que no me has comprendido. Quiero casarme; voy en pos de mi felicidad...

—¡Casarse! Usted ha seducido á aque-

COPIA A ALFONSO SINA

lla muchacha y miente usted al hablar de matrimonio; porque los he visto muy bien anoche entre el ramaje del jardín.

La generala dió un chillido y cayó desplomada sobre su sillón. A esta escena siguió un tumulto indescriptible. La infortunada Nastenka permanecía inmóvil en su silla, como muerta. Sachenka, asustada y como si estuviese enferma de fiebre, temblaba estrechando á llucha entre sus brazos.

—¡Foma!—gritaba furiosamente mi tío.—Si aciertas á divulgar ese secreto comerás la acción más villana posible.

—¡Lo divulgaré!—exclamó Foma,—y llevaré así á cabo la más noble acción. Soy el enviado de Dios mismo para castigar las ignominias de los hombres.) Desde el tejado de una cabaña daré publicidad á su acto innoble para que lo sepan todos los propietarios próximos y cuantos pasen por los caminos. Sí; sabedlo; esta noche le he sorprendido en el parque, con aquella muchacha que parece tan inocente.

—¡Qué horror!—dijo la señorita Perepelitzina.

—¡Foma, estás buscando tu perdición!—gritaba mi tío, mientras apretaba los puños y le echaban chispas los ojos.

Foma seguía chillando:

—Y él, asustado porque le había visto, intentó seducirme á mí, honrado y leal,

con una carta falsa, para que aprobase su crimen. ¡Su crimen! Porque de una muchacha pura hasta entonces ha hecho usted una...

—¡Dí una sola palabra más que pueda ultrajarla y te juro que te mato!

—Pues, sí la diré: de la muchacha inocente ha hecho usted la más depravada de las mujeres.

No había terminado Foma de pronunciar aquella palabra, cuando mi tío le dió un puñetazo que le hizo ir á parar hasta la puerta vidriera que salía al patio. Fué tan rudo el golpe que la puerta cedió, abriéndose y vimos á Foma rodar las siete gradas de la escalinata é ir á estrellarse contra el pavimento del patio; todo ello entre un tumulto de cristales rotos.

—¡Gavri! Recoje á ese hombre; mé-telo en un coche y que antes de diez minutos esté fuera de Stepantchicovo.

Cualquiera que fuese la trama urdida por Foma, es seguro que no esperaba que le llevase tan lejos.

No podría comprometerme á describir la escena que siguió á aquella catástrofe: sollózos de la generala, que cayó una vez más sobre su sillón; desvanecimiento de la Perepelitzina ante el impulso de energía de un hombre tan dócil, y los «¡oh!» y los «¡ah!» de las señoras parasitarias, y el susto de Nas-

UNIVERSITY OF TORONTO

tenka, que parecía que iba á caer al suelo y fué atendida apresuradamente por mi tío, que andaba vacilante de un lado á otro y emocionado por causa de su madre; Sachenka loca de terror, llanto de Falelei; tal era el cuadro, que solo á grandes rasgos puede reproducirse. Añadamos á esto la nube que no estalló hasta aquel momento preciso; sucedíanse los relámpagos y los truenos constantemente y una lluvia furiosa golpeaba los cristales.

—¡Una buena fiesta!—murmuró el señor Bakhtcheief, bajando la cabeza y separando los brazos.

—¡Mal va esto!—murmuré yo á mi vez, confuso;—pero por lo menos, ya tenemos fuera á Foma, para siempre.

—¡Madre! ¿Está usted mejor? ¿Puede usted escucharnos?—preguntó mi tío, deteniéndose ante el sillón de la anciana. Ésta levantó un poco la cabeza y fijó una mirada suplicante sobre aquel hijo á quien jamás había visto en una situación parecida.—Madre—añadió;—acaba de desbordar el vaso; ya lo ha visto usted. Deseaba exponerle el asunto de otro modo; pero los sucesos me obligan á no perder tiempo. He oído la calumnia; escuche la justificación, madre; quiero á esa muchacha; hace mucho que la quiero y la querré siempre. Será la felicidad de mis hijos y para usted

será una hija muy respetuosa; en presencia de todos mis parientes y amigos, pongo á los pies de usted mi petición, y ruego á Nastenka que me haga el inmenso honor de querer ser mi esposa.

Nastenka se estremeció. Su rostro, se puso como la grana. Levantóse con precipitación. La generala no quitaba los ojos de su hijo; parecía presa de una especie de miedo; y de pronto, sollozando, se echó delante de Yegor Ilitch, de rodillas. Suplicó:

—¡Yegourouchka! ¡hijo mío! ¡Haz que vuelva Foma Fomitch! Mándale buscar en seguida ó me muero antes de que se termine el día.

Mi tío quedó aterrado de ver arrojada ante él á su madre, una mujer tan tiránica y caprichosa. Pasó por su rostro una expresión de sufrimiento. Por fin, vuelto á la realidad, se precipitó á levantarla é instalarla en su sillón.

—¡Haz que vuelva Foma Fomitch, Yegourouchka!—continuaba pidiendo la generala.—¡Hazle venir; no puedo vivir sin él!

—¡Madre!—exclamó dolorosamente mi tío.—¿No ha oído usted nada de lo que le he dicho? No puedo hacer que vuelva Foma ¡compréndalo usted! No es posible; no puedo hacerlo, después de la baja y cobarde calumnia que ha lan-

[UNIVERSITY OF VIRGINIA]

zado sobre este ángel de honradez y de virtud. El honor me ordena que repare el mal causado á esta muchacha. Ya lo ha oído usted: le pido su mano y le suplico que bendiga nuestra unión.

La generala se levantó otra vez del sillón y fué á ponerse de rodillas delante de Nastenka.

—¡Por Dios!—gritó.—¡No te cases con él! ¡Suplícale que haga volver á Foma! ¡Ángel mío! ¡mi Nastassia Evgrafovna! Te lo daré todo; te lo sacrificaré todo si no te casas con él. Todavía conservo algo de lo que poseía; aún tengo algún dinero de mi marido. Todo para tí; te haré dichosa, y á Yegourouchka también. ¡Pero no me enterréis viva! ¡Dile que llame á Foma Fomitch!

Y así habría seguido la buena señora lamentándose y divagando, si indignadas al verla de rodillas ante una institutriz, la Perepelitzina y las demás señoras no se hubiesen apresurado á levantarla del suelo. La emoción de Nastenka era tal, que apenas si la institutriz podía sostenerse de pie. La Perepelitzina, furiosa, se puso á llorar.

—¡Va usted á matar á su madre!—gritaba á mi tío.—¡La van á matar! Y usted, Nastassia Evgrafovna, ¿cómo se atreve á sembrar la cizaña entre una madre y su hijo? Dios lo castiga.

—Ana Nilovna—dijo mi tío,—procure

contener la lengua; ya he sufrido bastante.

—¿Y á mí no me ha hecho usted sufrir también? ¿Por qué me echa usted en cara que soy huérfana? ¿Acaso debo ser esclava suya? Soy más de lo que usted supone; no volveré á poner los pies en esta casa; me marcho hoy mismo.

Mi tío no la escuchaba. Se acercó á Nastenka y le tomó devotamente la mano.

—¿Ha oído usted mi petición, Nastassia Evgrafovna?—le preguntó con ansiedad.

—No, Yegor Ilitch, no. Dejemos eso,—respondió descorazonada.—Todo sería inútil.—Le oprimió las manos y se echó á llorar.—Usted no hace esa petición más que como consecuencia del incidente de ayer. Pero ya vé usted que es imposible. Nos hemos equivocado. Yo me acordaré siempre de que fué usted mi protector y rogaré por usted... siempre... siempre.

Las lágrimas le ahogaban la voz. Mi pobre tío presentía aquella contestación. Ni siquiera tuvo fuerzas para replicar, para resistir. La escuchaba inclinado hacia ella y teniendo entre sus manos una mano de Nastenka, en silencio. Sus ojos se humedecieron. Siguió Nastia:

—Ayer, mismo le decía que no podía

NASTASSIA EVGRAFOVNA

ser su mujer. Ya lo vé usted ahora; los suyos no me quieren, y lo notaba yo desde hace tiempo. Su madre no nos dará su bendición... *los demás* tampoco. Es usted demasiado generoso para arrepentirse más tarde; pero sería usted despreciado por mi causa... sería usted una víctima de su buen corazón.

—Es cierto. ¡Es un *buen corazón!*

—continuó Ejevikine, que estaba de pie del otro lado del sillón; es cierto, hija mía; no hay otra palabra.

—Yo no puedo ser un motivo de disencuerpos en su casa—continuó Nastenka.—No se preocupe usted por mi suerte. Nadie me hará nada; nadie me insultará. Hoy mismo volveré á casa de mi padre. Digámonos adiós, Yegor Ilitch...

La pobre no pudo más, y volvió á llorar desoladamente.

—Nastassia Evgrafovna ¿es su última palabra?—dijo mi tío, mirándola con una indecible tristeza.—Una palabra más y lo sacrificio todo.

—¡No dirá más!—explicó Ejevikine; y se ha expresado tan bien que yo mismo estoy sorprendido. Yegor Ilitch, es usted un hombre buenísimo y nos ha hecho usted mucho honor, ¡mucho! ¡demasiado! Pero no es ella la que usted necesita. Usted necesita una novia rica, de gran familia, muy guapa, con her-

mosa voz, que anduviese por la casa toda adornada de diamantes y de plumas de avestruz. Acaso entonces, Foma accediese y le otorgara su bendición. ¡Por que usted llamará á Foma Fomitch! Ha hecho usted mal en tratarle de ese modo. Es el ardor excesivo de su virtud lo que le hizo hablar como habló. Usted mismo será el primero en decir que solo le ha guiado la virtud; ya verá usted. De modo que más vale hacerle venir pronto, ya que ha de volver de todas maneras...

—¡Mandadle volver! ¡Hacedle volver!

—gritó la generala.

—Su madre se impacienta inútilmente. Hágame usted volver. Yo y Nastia, nos vamos.

—¡Espera!—exclamó mi tío.—¡Te lo ruego! Tengo que decirte una palabra.

Una vez pronunciadas esas frases, se sentó en un sillón y, bajando la cabeza, se cubrió los ojos con las manos y quedó sumido en una ardiente meditación.

Un trueno estalló formidablemente casi encima de la casa, que se estremeció. Horrorizadas las mujeres, gritaron y se santiguaron. Lo mismo hizo Bakhtcheief. Muchas voces invocaron al profeta Elías.

Al trueno sucedió una lluvia torrencial como si un lago se volcase sobre Stepantchicovo.

—¿Qué será de Foma en el campo?— preguntó la Perepelitzina.

—Yegouroucka, ¡llámale!—gritó desesperadamente la generala, echándose como una loca á la puerta; pero la retuvieron las señoras parasitarias, que la rodeaban, la consolaban, gritaban y lloriqueaban. Aquello era un tumulto indescriptible.

—Ha salido con un simple gabán. Ni siquiera lleva un capote—continuó la Perepelitzina.—No lleva tampoco paraguas. ¡Vá á caer sobre él un rayo!

—¡Seguramente!—dijo el señor Bakhtcheief,—y por lo menos estará calado hasta los huesos.

—Mejor harían ustedes en callarse—observé en voz baja.

—Es un hombre; me parece que no es un perro—exclamó el gordo.—¿Saldrá usted ahora? ¡Ande! ¡Báñese, si tanto le gusta!

Presintiendo y temiendo el desenlace, me acerqué á mi tío y me quedé á su lado.

—Tío—le dije inclinándome hacia su oído.—¿Va usted á consentir en el regreso de Foma Fomitch? Sería el colmo del desatino, sobre todo mientras todavía esté en esta casa Nástenka.

—Querido—me contestó mi tío, alzando la cabeza y mirándome con resolución á los ojos;—acabo de pronun-

ciar mi juicio y sé á qué atenerme. No te preocupes; no se ofenderá á Nástenka; lo arreglaré yo todo.

Se puso en pie y se aproximó á su madre.

—Tranquílcese usted, madre. Voy á llamar á Foma Fomitch. Le alcanzarán; no debe de estar muy lejos. Pero le juro que, si entra aquí de nuevo, será con esta condición: que delante de los que fueron testigos del ultraje, reconozca su falta y pida solemnemente perdón á aquella muchacha. De otra manera no franqueará los umbrales de la casa ésta. También le juro que si consiente de buen grado, estoy dispuesto á echarme á sus pies y á darle cuanto pueda darle, sin perjudicar á mis hijos. En lo que á mí se refiere, hoy mismo me retiro. Se ha apagado la estrella de mi felicidad. Saldré de Stepantchikovo. A todos les deseo tranquilidad. Volveré al regimiento para acabar mi triste existencia en los tormentos de la guerra, en el campo de batalla... Ya basta; me iré.

En este momento, Gavriilo apareció mojado y enfangado hasta lo imposible.

—¿Qué ocurre? ¿De dónde vienes? ¿Y Foma?—exclamó mi tío, precipitándose sobre él. Todos rodearon al viejo con una curiosidad ávida, interrumpiendo á

cada paso su narración lacrimosa, con toda clase de exclamaciones.

—Le he dejado junto al bosque, á una versta y media de aquí. Asustado por un trueno, el caballo se desbocó, y fué á parar a una zanja.

—¿Qué más?—interrumpió mi tío.

—Volcó el coche.

—Bien... pero ¿y Foma?

—Cayó á la zanja.

—¡Sigue, verdugo!

—Se hizo daño en un costado y empezó á quejarse. Desenganché el caballo y vine á contarles lo sucedido.

—Y Foma ¿se ha quedado allí?

—Se puso en pie después de un rato y continuó el camino, apoyado en el bastón.

Así que dijo estas palabras, Gavriilo suspiró y bajó la cabeza. Renunció á describir las lágrimas y los sollozos de aquellas señoras.

—¡Que traigan á Polkan!—exclamó mi tío, dirigiéndose al patio.

Trajeron á Polkan. Mi tío montó en él, á pelo, y un minuto más tarde, el ruido lejano de los cascos del caballo nos anunciaba que estaba á los alcances de Foma. Ni siquiera había tomado la precaución de llevar sombrero.

Las señoras se asomaron á las ventanas; los sollozos y los suspiros alternaban con los consejos. Hablaban de un

baño caliente, de fricciones de alcohol, para Foma, que no había probado ni una miga de pan en todo el día. La señorita Perepelitzina, encontró por casualidad, las gafas del desterrado; el hallazgo produjo extraordinaria sensación.

La generala se apoderó de ellas, llorosa y sollozante, volvió á pegar la nariz contra el vidrio de la ventana, mientras sus ojos exploraban ansiosamente el camino.

La emoción había llegado al límite de intensidad.

Evgrafovna Nastenka tenía á Ilucha cogido por la mano y lo besaba, como despedida de su discípulo que lloraba amargamente sin saber á punto fijo por qué.

Ejevikine y Mizintchikov hablaban á un lado.

Hubo un momento en que creí que Bakhtcheief iba á imitar á las mujeres y á ponerse á llorar como ellas. Me acerqué á él.

—No, amigo mío; Foma Fomitch acaso marche alguna vez de esta casa; pero aún no ha llegado el momento. Espere usted. Hará que las señoras se vayan para instalarse en su lugar.

En cuanto terminó la tormenta, Bakhtcheief cambió de ideas.

De pronto se oyeron gritos: «¡ya le

[MISMO VILLOVA]

traen!» «¡aquí está!» y todas las mujeres echaron á correr á la puerta, lanzando chillidos de pavo real. No habían transcurrido diez minutos de la marcha de mi tío.

Esta rapidez parecía inexplicable si no hubiese quedado pronto resuelto el enigma.

Efectivamente, después de separarse Gavriilo de Foma Fomitch, éste, apoyado en el bastón, siguió andando; pero solo, en medio de la tormenta desencadenada, tuvo miedo, cambió de rumbo, y corrió detrás del criado. Mi tío le encontró en la aldea.

Detuvieron su carricoche; los aldeanos instalaron en él á Foma Fomitch, que estaba entonces dulce como un cordero, y de ese modo fué llevado á los brazos de la generala, que casi se vuelve loca de verle de aquella guisa, aún más mojado y más lleno de barro que el mismo Gavriilo.

Fué tremendo el movimiento que la entrada de Foma impuso á la casa.

Unos querían que fuese á su cuarto á cambiar de ropa; otros reconocían ruidosamente diversas tisanas reconfortantes; todos hablaban á un tiempo...

Foma no quería ver nada ni oír nada.

Le hicieron entrar sosteniéndole por los brazos. Se dejó caer pesadamente

en su sillón, y en seguida cerró los ojos. Alguien dijo que estaba moribundo, y entonces fué el estallar de los gemidos, mientras Falalei, mugiendo más que todos, se obstinaba en llegar hasta Foma para besarle la mano.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1746. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAYO LIA A. FERNANDEZ